

ella sin sentir la más ligera turbacion, sin abrigar la menor duda, sabiendo que nuestro Dios Lucifer cumple su palabra cuando se han cumplido fielmente las obligaciones contraídas con respecto á él.

"Treinta y tres años de vida habíanseme prometido á contar desde la hora de nuestro pacto, y me sentía yo con vida y con salud completa. Acordábame de los días pasados, y, á solas con mi conciencia, reprochábame á mí mismo el haber temido la muerte alguna vez cuando me veía rodeado de los peligros con que me cercaban mis enemigos. Inútil había sido, pues, la maldad de los supersticiosos, cuando estaba yo ahí con vigor y vida. Mas con mi corazón contrito, pedí al buen Señor que me perdonara mi loco temor con el cual había yo injuriado á su omnipotencia.

"Iba acercándose, hasta que por fin dió la hora del pacto. Al punto, abriéndose el techo de mi habitación halléme en las alturas del espacio, viéndolo allá á lo lejos y á mis pies á Amsterdam, sin darme cuenta de la manera como mi cuerpo se había elevado. Nada sentía yo que me sostuviera, ni tampoco estaba suspendido yo de nada.

"Alas que volaban en torno mío, enormes alas de deslumbradora blancura y á millares, pero sin cuerpos á los que estuviesen adheridas, sino que eran unas alas pareadas que batían el aire remolineando unidas de dos en dos. Todas ellas formaban como unas nubes, resultando un conjunto de hermosura tal, que no es capaz la mente humana de comprenderla. Yo contemplaba, y al mismo tiempo oraba

"Pronto las alas condensaron ó cerraron sus filas sin dejar de agitarse, y desde aquel momento yo no ví la tierra á mis pies.

"Entónces fueron acercándose más y más hacía mí las blancas alas, hasta formarse una á manera de cuna, un nido inmenso y meduloso que me transportaba.

"Brilló entónces un relámpago, y por momentos ví al buen Señor nuestro Dios que, colocándose junto á mí, me decía: "Nada temas, Filaleto, mi "reino está de gran fiesta."

"A ese tiempo se fundieron las alas. Nos hallábamos en la bienaventurada mansion del Fuego Eterno.

«Astartea, la divina reina de los Angeles de Luz, que se dignó dárseme por esposa en la tierra salió á mi encuentro rodeada de su corte. Demonios y *demonias* (1) lanzaban gritos de alegría. Mi cuerpo glorificado vivía con la vida de las celestiales llamas. ¡Oh mi querida hija, la segunda Diana de mi linaje! ¡Ojalá puedas por tus merecimientos alcanzar una suerte semejante á la mía!...

«En esta flecha de hierro estoy, y te hablo por medio de esta escritura verde. Te hablo la verdad como se la dije á mi hermano Henry la noche de mi desaparicion. El Dios Bueno permite la primera manifestacion para que se conozca inmedia-

(1) Por esta vez nos vemos en la necesidad de dar forma femenina á la palabra *demonio*, del original francés.—De paso diremos que no es propiamente francesa esta palabra si bien la usa con frecuencia la ilustrada autora como usa la que sí verdaderamente lo es: *Démon*.—N. T

tamente su amor á mí. Desde el seno del reino de los bienaventurados sin fin, ví á Henry, que á sí mismo se preguntaba qué había sido de mí, y sin salir yo de las vivificantes llamas llegó mi voz hasta su oído y le hice este mismo relato.

«Diana: el buen Señor Lucifer te ama como si fueras su propia hija. Nunca llegues á despreciar su divino amor, nunca llegues á ser ingrata. No te cause envidia Sofía Sapho cuyo destino, bien así como el tuyo, está escrito en el cielo. Toda buena voluntad quiere para sí el Dios Bueno, que tanto á ella como á tí las conduce por diferentes caminos y no hay rencor ni celo que deba reinar entre vosotras dos. Tiene cada una de vosotras mision distinta que desempeñar para gloria del Altísimo más alto. Mansedumbre suprema es el Santo de los santos, y ha hecho ya justicia á tu corazón; más tú debes cerrar los ojos á lo que no comprendas, y cree al jefe de tu bendito linaje cuando te conjura que ningún resentimiento guarda contra aquellos de quienes creías deber quejarte y que tan fieles le han sido como tú misma. En nombre del Todopoderoso Superexcelente Dios, ¡que la paz del Fuego Eterno y de la Santísima Luz sea con todos los hijos de la Jerusalem regenerada!»

Concluyó de escribir la flecha de hierro, y me emocionó la lectura de lo que había escrito.

En seguida me fijé en Lucifer, sentado en su trono de oro entre Baal-Zebub y Astaroth, y parecíome que me enviaba una sonrisa de dulce afecto.

—¡Oh Dios mío! le dije. ¡Yo os amo! Por amor vuestro, olvidaré cómo Sofía Sapho me ha deseado la muerte. Por vuestro amor, no pensaré de hoy en más sino en lo que me dijisteis vos en Charlestown. Iré, por vuestra gloria, por el camino que comprendo y propagaré el santo dogma sin envidias ni rencores para aquellos de vuestros fieles que le comprenden mal.

—Está bien, hija mía, me contestó Lucifer; esto esperaba yo de tu amor. La misma gloria que Filaleto, habrás de tener; te lo prometo. A tí te corresponde la honra de rectificar las interpretaciones erróneas del santo dogma; así lo confirmo delante de esta asamblea de mis fieles. Irás á los Perfectos Triángulos de mis Magos Electos, donde se te recibirá con respeto siempre, y allí, sin preocuparte con las interpretaciones de los demás, *absolutamente las escudriñes*, mas dí con toda claridad lo que pienses. Yo mostraré á todos los altos jefes de mi cara Francmasonería cómo te he concedido el justo discernimiento de la divina doctrina. No entres en discusiones; emite tu opinión con franqueza; habla con ardor; que inspirándote mi espíritu, proferirán siempre tus labios la verdad exacta.

He subrayado las palabras *absolutamente las escudriñes* (las interpretaciones de los demás), porque fué esa una gran astucia del impostor, como más adelante lo explicaré.

Mi alma se regocijaba. ¡Cómo despertaba en

ella el orgullo el espíritu del mal, y cómo le mantenía, y cómo le lisonjeaba!

Absortos estaban de admiración todos los asistentes, alegrándose de mi visita que tan bella obra mágica le había valido al Triángulo. Bien habría yo podido pedir en aquellos momentos la vida á mis hermanos de Malta, ó que aceptaran cualquier terrible peligro de muerte con tal de prestarme el servicio más insignificante, que nadie hubiese vacilado para obsequiar mi deseo.

Finalmente, concediéndome Lucifer lo que le pedí.

Visible para mí tan sólo, fué desprendiéndose de la flecha de hierro un vapor blanco al principio, que despues se tiñó de rosa, y al cabo de unos cuantos momentos se dibujó con toda claridad una figura humana. Era Filaleto, á quien se me ponía delante.

El fantasma parecía exactamente de la misma edad que tenía Filaleto cuando desapareció; pero veía yo en él un anciano vigoroso y de cuerpo erguido. Representaba ser algo mayor en años que mi padre cuando murió y, con excepcion de las arrugas de la cara, más acentuadas que en él, era de un parecido singular. No me podía caber duda en reconocer á mi antepasado en aquel personaje tan maravillosamente aparecido.

Tales son los prestigios del Diablo: odiosas supercherías, desde el momento en que la Iglesia nos enseña que todas esas apariciones de séres que se dicen muertos no son más que puro engaño de los demonios.

Mas en aquella ocasion, creía yo firmemente que estaba mirando á Tomás Vaughan.

Bajé de mi asiento de plata y, con los brazos extendidos, me adelanté hácia el fantasma, sin apartar de mí los ojos todos los asistentes, que se daban cuenta de mi vision.

—¡Filaleto! exclamé. ¡Oh mi glorioso antepasado! Sí, indudablemente sois vos. . . . Habladme, os lo suplico. Nuestro Señor Lucifer que está aquí presente permitirá que yo os oiga.

Lucifer hizo una señal de aquiescencia á esta nueva petición de mi parte.

Entónces sostuve con el diablo del infierno que simulaba á mi antepasado la siguiente conversacion; pero únicamente mi voz era la que distinguían los Magos Electos que formaban aquella asamblea:

Filaleto.—Hija mía bendita y muy querida: te sostengo como verdad absoluta lo que acabo de escribir un momento há cuando estaba en la flecha de hierro. . . . ¿Qué más deseas que te diga?

Yo.—¿Veré el triunfo de nuestra santa religion?

Filaleto.—No. Todavía no está dispuesta la humanidad para recibir la verdadera luz; marcados están los tiempos en los libros del Sanctum Regnum. Sin embargo, verás cómo la causa del Buen Dios alcanza éxitos importantes en varios lugares que hasta aquí han estado bajo el yugo de la supersticion. Verás tambien cómo mengua el poder de Adonai y de su Vicario, prisionero de la Francmasonería, despues de haberlo sido del gobierno italiano.

Yo.—¿El Papa actual será el que caiga bajo el poder de nuestros jefes?

Filaleto.—No. Su sucesor.

Yo.—¿Podeis decirme quién sucederá á Leon XIII?

Filaleto.—No. No debo revelarte hoy su nombre.

Yo.—¿Le conoceré algun día, quiero decir ántes de quedar vacante la silla del maleakh Simon Pedro?

Filaleto.—Si llegas á saber quién es, no ha de ser por mí; pero sé que le verás tú misma y que te recibirá en Roma en su casa habitacion ántes de su elevacion al Pontificado que execramos. Tengo obligacion de anunciarte esto, que harto me contraría el decirte, no sé por qué.

Yo.—¿En qué año alcanzará éxito más importante la Francmasonería?

Filaleto.—En el primer año del siglo futuro. Entónces será tratado con justo rigor el adonaismo en Austria, Francia y Canadá. En el subsecuente año, parecerá que casi toca á su triunfo nuestra causa en España.

Yo.—¿Qué sucesos retardarán, pues, nuestro triunfo?

Filaleto.—Se elevará en el país belga una columna de negro humo que oscurecerá el cielo. Habrá terribles combates entre los maleakhs y nosotros. El Papa de la supersticion será entregado por una expedicion que partirá de una pequeña ciudad helvética. Francia pasará por una crisis de fuego y sangre; Paris sufrirá un gran trastorno que introducirá una horda de mentecatos, quie-

nes comprometerán la sabia obra de nuestros adeptos. En ese segundo año del siglo futuro, Lilith hablará en Lourdes, apareciéndose á millares de peregrinos en medio de su santuario que abominan los hombres de razon. Tal milagro de Adonai cormoverá á las almas, causándonos un inmenso agravio. Un obispo del Dios Malo unguirá á un guerrero francés, venido de léjos tierras, y todos los adonaistas de este país se levantarán en masa. Entónces quedarán vencidos los nuestros en Francia. La España regenerada entrará en guerra con la Francia supersticiosa. ¡Ay! la misma Francia, perdida para nosotros tantos años, será la que impondrá sus leyes! Caerá en profunda tristeza el Dios Bueno á quien las únicas que consolarán serán Austria y el Canadá. Habrá innumerables defecciones en el Reino Británico: La multitud adonaista demolerá un templo levantado en Italia á Nuestro Señor Lucifer y esa gente aclamará del uno al otro cabo de la Península al Vicario del Dios Malo.

Yo.—¿Debo revelar á nuestros Hermanos lo que me estais diciendo, Filaleto?

Filaleto.—No. Sólo el Gran Alberto es entre uuestros Hermanos quien tiene que conocer las revelaciones que á tí se te hagan; y el Gran Alberto sabe ya todo lo que te acabo de decir. . . . Diana de mi sangre: con lo dicho basta. . . . Trabaja con actividad para la gloria del Dios Bueno. . . . Tiempo es ya de que vuelva yo al divino reino del Fuego Eterno.

Y diciendo esto, el fantasma entró de nuevo en la flecha de hierro.

Presenté mis homenajes de adoracion paládica á Lucifer, y todos los Hermanos del Perfecto Triángulo me imitaron.

—¡Benditos seais, mis fieles hijos! dijo nuestro dios.

Y por momentos desaparecieron tronos, nube y pedrerías, y Lucifer, Baal-Zebub y Astaroth. La sala de los paladistas, del núm. 27 de la Strada Stella, volvió á quedar como ántes, tornando á aparecer en su altar, dominando el Oriente, el Baphomet.

M. el contralmirante Hastings Markham no asistió á aquella asamblea, famosa para siempre en los fastos de la Masonería maltesa. El 6 de Marzo de 1893, únicamente se le nombró gran maestro, quedando confirmados sus poderes superiores en la Alta Masonería por el Sanctum Regnum, el 28 de Abril del propio año, día en que la Arcula Mystica funcionó en honra suya é hizo que se le discerniera el título de Gran Superintendente de la Real Arca. Cuando yo estuve en Malta, el gran maestro lo era el Coronel Marmaduke Ramsay. Pero M. el contralmirante tiene á la mano la prueba de que lo referido por mí es la verdad exacta, puesto que está á su disposicion el archivo del Perfecto Triángulo *Il Moallen tad-dar*; amen de que el H.: Hamilton Sharpe, hombre muy conocido en Malta, le mostró el acta que se levantó con motivo de aquella tenida extraordinaria.

Tambien el H.: cirujano y capitán Hughes y el H.: William Cook, ámbos vecinos de Malta, tienen perfecto conocimiento de los hechos acaecidos en aquella memorable asamblea, con excepcion, empero, de lo que me habló el espectro de Filaleto, puesto que á nadie se lo repetí, y en esa virtud no quedó consignado en la susodicha acta.

Por consiguiente, M. el contralmirante Markham no me ha de dar ningun mentís. Cuando tomó posesion de sus funciones de principal delegado del Gran Directorio Central de Nápoles para la marina inglesa del Mediterráneo, fué su primer empeño leer los relatos escritos con tinta verde que se conservan en el *Moallen tad-dar*, y quedó estupefacto con el favor excepcional que me concedía el Gran Arquitecto.

Con tal motivo, no pudo ménos que decir el capitán Hughes:

—Esto se debe poner en cuarentena; me cuesta mucho trabajo creerlo.

Pues bien, no había acabado de hablar, cuando se levantó la flecha de hierro que él iba á tocar, se precipitó contra él deteniéndosele en el pecho, y le atravesó de parte á parte. A ese mismo tiempo se sintió arrebatado, y en unos cuantos segundos se veía en Charleston en el Sanctum Regnum mismo, donde, animándose el Palladium, le habló en estos términos:

—¿Crees ahora?

—Sí, respondió él.

Y fué transportado á Malta por el mismo prodi-

gio y desembarazado de la flecha de hierro, en presencia del capitán Hughes, que no había salido de aquel lugar.

En cuanto á mí, nada más sé, en cuanto á la extraña desaparición de mi antepasado. Con absoluta seguridad sé al presente que fui engañada por los demonios; engañada como lo son todos aquellos que por entrar de buena fé en el Paladismo, creen sinceramente en la bondad de Lucifer. En este caso se hallan muchísimos de mis ex-Hermanos y ex-Hermanas; por lo ménos así lo quiero creer. Es necesario compadecerlos y pedir mucho por ellos y por ellas, mucho.

Por último, segura estoy de que por lo tocante á mí, habrá comprendido ya el lector católico en qué género de disposiciones de espíritu me encontraba yo, cuando juzgó mi padre que había llegado el momento de mi iniciación. La base principal de mi educación luciferiana había estado en la enseñanza relativa á la vida de Filaleto, enseñanza que recibí á grandes dosis, tan grandes que hay para admirarse de ello. El antepasado, aquel glorioso antepasado mío, venía á ser en mi vida, atenta la misión con que se me había formado, la estrella polar que brillaba de noche mostrándome el invariable Norte. Conocía yo el catolicismo al revés de como es él: para mí, el Dios de los cristianos era el dios del mal, el autor de cuantos dolores y miserias agobian á la humanidad.

Mi madre, excelente francesa protestante, de las Cevénas, amaba con ternura á mi padre, y jamás

tomó parte en mi educación, la cual tuvo á su cargo exclusivamente él, auxiliado por mi tío, que siempre se conservó soltero. Así, pues, la instrucción que recibí fué esencialmente masculina.

Opuesto en toda forma al sistema de J. J. Rousseau, que hace que toda la educación de la mujer gire incesantemente al rededor del arte de agradar, mi padre, no bien fui ya grandecilla, me trató, por decirlo así, como á muchacho. No necesitaba una verdadera hija para la vocación que me inculcaba, y por eso temía fuertemente confiarme á la dirección de un preceptor cualquiera que hubiese venido á contrariar sus planes. Daba al propio tiempo gran importancia á mi educación física: la gimnástica, la equitación, la esgrima, la caza, los juegos de destreza y habilidad, higiénicos ciertamente, pero áridos, largas travesías; en una palabra, cuantos ejercicios corporales fueran propios para combatir las menores tendencias á la molicie, nada perdonaba para procurarme el desarrollo muscular y ponerme en condiciones de llevar una vida activa; porque soñaba para mí con un apostolado que tendría yo que ejercer por montes y valles, y para ello emprender viajes, los más de ellos llenos de peligros, por el mundo entero.

Aquello fué más que educación americana; casi tocaba á los límites de la espartana, si me ha de ser dado el decirlo. Y la verdad es que lo consiguió, puesto que jamás llegué á conocer lo que era tener miedo á las terribles serpientes ni á los animales feroces. Mi padre, riendo, se comparaba

con el centauro Quiron que levantó á Aquiles. Además, á fuer de suriano, tan tenaz como Alberto Pike en su desprecio á los esclavos, deploraba que las leyes no permitieran endurecer el corazon de los jóvenes, como otro tiempo se hacía en Lacedemonia, obligándolos á cazar á los ilotas.

Semejante rudeza de sentimientos apenaba grandemente á mi madre, pero sin que se atreviera á protestar por la debilidad de su carácter. La pobre iba aniquilándola en el hogar doméstico!... Su protesta muda se traducía en obras de caridad; de modo que cuando salía papá de casa para sus negocios, ella me llevaba á visitar á sus pobres.

Catorce años de edad tenía yo cuando murió mi buena madre. Era yo entónces una jóven alta, robusta y llena de vida, y acostumbrada ya á salir sola. (1)

[1] No podemos resistir al deseo de copiar aquí lo que con relacion á esta portentosa mujer, dice M. Domenico Margiotta en su notable obra intitulada: "*Adriano Lemmi, Jefe Supremo de los Francmasones.*" Así tendrá el lector un retrato fiel de la célebre ex-paladista.

«Miss Diana Vaughan, dice el citado autor, es hija de padres protestantes. Su difunta madre era francesa, oriunda de las Cevénas, y es la hija, segun dicen, vivo retrato suyo. Su padre, de origen francés, fué á establecerse como propietario en el Kentucky dos años despues de casado, y allí enriqueció, dejando á miss, hija única de su matrimonio, una fortuna considerable, que emplea ella en obras de caridad. No habia mayor felicidad para miss Diana desde sus más tiernos años, cuando vivía en Louisville que buscar á los pobres para socorrerlos, y lo mismo siguió haciendo en Nueva York, donde poco despues de la muerte de su padre se fué á establecer.

«Es por naturaleza inclinada á la jovialidad, como todos los de buen corazon; carácter dulce, y de por sí risueña en la intimidad, efecto de la sangre francesa que corre por sus venas, templando la aspereza tan propia de las familias protestantes.

En otra parte referí con mis impresiones de ferviente paladista la manera como visiblemente se me apareció el Demonio la primera y la segunda vez. Pero ese relato se halla en una coleccion cuya lectura no es posible, sin peligro, más que para los ministros de Jesucristo, poderosos y agueridos en las batallas contra Satán. Sin embargo,

«Conocí á miss Diana Vaughan el año de 1889 en el Gran Hotel, en Nápoles, á donde fué despues de su viaje á Francia con motivo de la gran Exposicion del Centenario de la Revolucion, y me presentó con ella un francmason de alta talla. Era entónces y sigue siéndolo todavía—porque los años parece como que no quieren hacer cambiar en nada su graciosa fisonomía,—una jóven de hermosura admirable, de cortesía exquisita, de maneras muy distinguidas y de inteligencia muy superior. Brilla su espíritu como una chispa en su penetrante mirada, endulzándose despues la expresion de sus ojos repentinamente para dar lugar á la bondad de aquel carácter de mujer selecta que se refleja en ellos. Pero nuestra dama sabe adunar la bondad de corazon con la firmeza de carácter, porque en las circunstancias difíciles de la vida ostenta una energía rara, muy superior á la debilidad natural de su sexo. Al hablar, hácelo con cierta especie de abandono ó negligencia que encantan, usando á veces de originalidades de lenguaje que traen á la memoria el "gravroche" parisiense, pero sin descender jamás á la trivialidad, ni mucho menos á retruécanos poco decentes, aunque hoy de moda hasta en los salones del gran mundo. Su conversacion es grata en sumo grado, causando verdadero placer pasar á su lado una hora cuando se le tiene confianza, pues siempre hay algo que aprender de ella; que es instruida, como suele decirse, hasta la punta de los dedos.

«Leal como pudiera serlo un caballero de la Edad Media; franca, lo bastante para no poder ocultar lo que siente, no bien adquiere noticia de algo mal ejecutado; tributando verdadero culto á la probidad; honrada, en fin, en toda la extension de la palabra, debió á su padre, primeramente, y despues á sí misma, que supo imponer su voluntad á otros, debió, digo, ser objeto del mayor respeto hasta en el seno de las Logias de Adopcion y hasta en los mismos Triángulos.

«Tal como era por aquel tiempo, es hoy todavía. Estatura más que mediana, metal de voz muy puro y sin ningun acento, y correctas facciones; es amante de la elegancia de buen gusto, no de ese lujo ridiculo que caracteriza á las ricas extranjeras. Así, confeccionados sus trajes con

no podría yo pasar en silencio, en estas Memorias, aquellas dos apariciones diabólicas que ejercieron tan poderosa influencia en mi destino.

Voy, pues, á referirlas con perfecto escrúpulo de la verdad; pero expresándome de modo que no pueda lastimar la fé de mi lector de ahora.

Era el tiempo de vacaciones del año de 1880, y

valiosas telas, no por eso dejan de llevar impreso cierto sello de sencillez. Todo su adorno consiste siempre en un ligero brazaletes, ó bien en un fístol que lleva prendido en la corbata, sin usar arillos ni pendientes, por no tener agujereadas las orejas. El peinado muy particular que acostumbra imprimir á su fisonomía algo como un aire de mancebo que le está á maravilla, pues no tiene tan largo el pelo que se le puedan hacer trenzas, sino naturalmente corto y algo quebrado. Cuando pues por verdadera originalidad suya ocurriese asistir con traje de varón á una tenida triangular, causa una ilusión completa; creíase estar mirando á Adónis, que al resucitar fué al gran sastre del mundo elegante para que le vistiera. Sé que en uno de los últimos viajes que hizo á París fué á retratarse en el taller de uno de los fotógrafos más afamados del boulevard, de casaca y con sus insignias de Inspector general del Palladium. Es el retrato una soberbia fotografía de pie y gran tamaño; pero compréndese sin esfuerzo que no es muy fácil la regale con prodigalidad.

«Su sencillez, con mezcla de elegancia y de originalidad, no es parte á impedirle que también sienta gusto por lo recreativo. Ni podía ser de otro modo, pues pronto se aniquilaría su salud á causa de sus incesantes viajes, si bien, felizmente, su gran fortuna le permite no pasar por ningún género de privaciones. Así es que siempre acostumbra á viajar en los medios más rápidos de transporte, bien acompañada y verdaderamente como un personaje de sangre real. Cuando va á París, llega derecho á casa de una de sus amigas íntimas, Mlle. L. de B., si sólo se ha de tener uno ó dos días, ó bien á uno de los principales hoteles de la Capital, frecuentado por la aristocracia de príncipes europeos, si tiene que permanecer allá algún tiempo. Para completar el bosquejo de la fisonomía de aquella mujer, tan simpática á pesar de sus errores, de aquella arrogante y animosa Diana Vaughan, que tan importante papel ha desempeñado en la Alta Masonería, diré por fin que posee una elocuencia muy seductora, y que entre todas las hermanas propagandistas del Paladismo, siempre ha sido ella la que más ha brillado en las conferencias de los Triángulos cual ninguna otra.....—N. T.

pasaba yo por consiguiente de los diez y seis de mi edad.

Llevaban á mi padre sus negocios á la region de Mammoth Cave, á algunos centenares de kilómetros de Louisville, al Sur, en donde tenía que permanecer un mes entero. Mamá me había dejado como herencia buen número de familias pobres, algunas de las cuales vivían en aquellos sitios donde mi tío posee una propiedad.

Empero, valga una restriccion: obedezco á la necesidad, que se me impone, de hacer la luz; pero se me permitirá que tales consideraciones, de carácter completamente íntimo, me obliguen además á no afligir á personas con quienes estoy unida con el vínculo de la sangre. Lo propio que hacía yo cuando tomaba á pechos no designar expresamente á los católicos á quienes reputaba entónces como enemigos, he de hacer ahora por distinta razon: conservar la designacion que tenía adoptada para nombrar el lugar, sin darle á conocer.

Aconteció, pues, el primer suceso en los alrededores de.... Mauford, nombre que tenía la localidad hace unos treinta años.

Mauford está entre Louisville y Nashville, á diez millas de Mammoth Cave. La campiña del Norte es un paisaje demasiado plano con un camino excelente, de fama en el Estado entero, y el cual, desde Louisville, atraviesa por magníficas selvas, ocupados los llanos por inmensos plantíos de cereales y principalmente de tabaco. Es el Estado en la Union, por lo que mira á la produccion de

Miss Vaughan.—T I.—47.

tabaco, lo que el Herault en Francia en cuanto á produccion del vino; mejor aún, porque el Kentucky provee, él solo, de una tercera parte del tabaco que se consume en la Union Americana. Algo de esto sabe Lemmil. Allí, en uno de aquellos dominios, vive retirado mi tío, angustiado por mi conversion y pidiéndole á Lucifer que no me anonade con su ira. Mucho temo que, dada su avanzada edad y su tenaz carácter, nunca llegue al conocimiento de la verdad. Pero ¡haya paz ese anciano á quien soy deudora de tan prolongado error! Ninguna indiscrecion cometeré que pueda ir á turbar la tranquilidad de su retiro, en un escrito destinado para el público.

El día á que voy refiriéndome, tenía que alejarme demasiado para dar con unas buenas gentes inscritas en la lista de mi mamá; pero llegué muy á tiempo. Y como la visita se alargó más de lo que me proponía, hube de dilatarme. Mi padre no habría entrado en cuidado con relacion á mí; pero, eso no obstante, me decidí á volver á Mauford á pie. Bien sabía yo que habría hecho mejor comprando un caballo para venderle en la ciudad, pero no le tenía al camino, y además, ¡era tan hermoso el tiempo!

Emprendíla, pues, segura de que al acabar de atravesar un bosque, descubriría á Mauford. Mas hé aquí que habiéndome internado demasiado en aquel bosque, apénas unos cuantos minutos llevaba de haber comenzado á andar cuando me ví rodeada por una turba de horrosos negros que gritaban para aterrorizarme.

El que no haya vivido mucho en la Union, no puede formarse idea exacta de lo que es semejante clase. Por mi parte, encuentro, aún hoy en día, muy exagerados los reproches del Dr. Bataille en contra de Alberto Pike con respecto al hecho de su mando del ejército de los pieles-rojas en el partido del Sur durante la gran guerra. Acaso provenga esto de que por mis venas corre la sangre de piel-roja; pero sea como fuere, lo diré francamente: tan bueno, leal, valiente y probo como lo es el indio salvaje, es traidor, cobarde, vil y lleno de vicios el negro. Desde la guerra colosal los hombres de color son plaga para la Union. «Hombres de color» ó «afroamericanos:» así se intitulan los individuos de aquella especie. El nombre de negros le rechazan como un insulto. Sí, esa especie de donde la victoria del Norte sacó ciudadanos es una verdadera plaga.

La prensa del Antiguo Mundo ha comprendido mal en lo general las causas que dieron lugar á la guerra separatista, atribuyéndola tan sólo á un sentimiento de fraternidad para con una raza, y pronto se vió el caso con anteojos europeos sin atender á los grandes intereses materiales que para los Estados del Norte había de por medio. Hoy cambió ya por completo la opinion americana desde el cabo Sable hasta el monte Olympus, y los negros libertos han llegado á ser un obstáculo para la Union. Perezosos, libertinos, ladrones, insolentes, no han quedado regenerados por la emancipacion; hoy el problema cuya solucion se busca

es, cómo los harán emigrar en masa; la cuestión del *éxodo* negro está á la órden de la política nacional, lo cual ignoran en Europa. La fundacion de la República de Liberia en Africa no ha dado los resultados que se esperaban; los negros no quieren volver al continente de su origen, por estar demasiado léjos.

Hace un año escribía yo lo siguiente:

«¿Quién se imagina en Europa las desventajas de la actual revolucion cubana? En los Estados Unidos se desea el éxito de esa revolucion, porque una vez separada Cuba de España, á Cuba sería donde la Union despacharía toda esa canalla negra que estorba, principalmente en los Estados del Sur. Por lo ménos, se acabaría con todos esos incesantes conflictos que perturban la sociedad y que con tanta frecuencia arrastran al pueblo desesperado á los lynchamientos. Ya no se tendrían que deplorar los criminales atentados de esa estirpe siempre audaz en su envilecimiento; atentados que oculta la prensa, y el número de cuyas víctimas no conoce nadie, porque el Gobierno siempre está temiendo grandes asesinatos y tiende á provocar la emigracion general para evitar mayores males.» (*Palladium*, núm. del 20 de Abril de 1895, pág. 26).

Los sucesos han venido á darme la razon, y todavía resplandecerá con mayor claridad la verdad de lo que escribí, cuando haya terminado todo. Porque no debeis alucinaros, españoles: Cuba se perdió completamente para vosotros. Apénas co-

mienzan los Estados-Unidos á dar á entender que tienen metido un dedo en aquel negocio; pero la verdad es que tienen metida en él toda la mano, como lo vereis. Así se decretó mucho tiempo há en Washington por los motivos que acabo de indicar; esto es, en razon del deseo que se tiene de deshacerse de los afroamericanos, que han llegado á ser insoportables en la Union.

Iba yo diciendo que me ví rodeada por una horda de negros que me gritaban. Yo no llevaba joyas de ninguna especie; pero ellos ignoraban seguramente que mi porta-monedas iba azas desprovisto, y despues aquellos brutos abrigaban intenciones así respecto de mi persona como respecto de mi dinero.

En defensa legítima, descargo mi revólver sobre el monton, y tres de ellos caen á tierra dando alaridos, en tanto que los demás se encienden en mayor ira. Ya mi arma no me sirve de defensa, pero ¿qué importa? Me defiendo con todas mis fuerzas, emprendiéndola hasta á puñetazos. Mas ¡ay! yo soy mucho más débil que ellos! Pronto, pues, se apoderan de mi persona estorbándome y paralizándome todo movimiento, hasta sentir que sus criminales manos me oprimen rompiéndome todos los huesos. Entónces, sin fuerzas ya, desfallezco y lloro.

¿Quién vendrá, pues, á socorrer á la hija del suriano, tan conocida por sus sentimientos de desprecio á la clase negra? ¿Quién vendrá á salvarla de la más horrorosa muerte? Blanco y hermoso